

En el término de la villa de Sueca existe durante algunos meses del invierno una laguna artificial llamada *Calderería*. Su poco fondo no permite el paso de la embarcación más pequeña. Los propietarios de esta laguna la tienen acotada; y como allí las aves acuáticas encuentran abundante pasto de arroz y profunda y adormecedora calma, se establecen en ella durante los meses de diciembre y enero.

Nadie las molesta. Es incalculable el número de miles de ánades que allí acuden durante el tiempo que *La Calderería* tiene agua. Los propietarios, cuando lo creen conveniente, se reúnen y disponen una tirada, que generalmente preside el Alcalde de Sueca. Cada propietario dispone de su terreno, y convida á los amigos que tiene por conveniente. Como quiera que la afición está tan desarrollada en la ribera, acuden el día de tirada á *La Calderería* cien veces más escopetas de las que lógicamente deberían colocarse.

Comienza la tirada. No es posible describir el estruendo infernal que durante algunas horas reina en aquel reducido espacio; sólo puede compararse á un día de batalla en que sin cesar hacen fuego granado cuatro mil hombres con armas del sistema moderno.

Se matan muchos centenares de patos; pero cazándolos con método y condiciones más regulares, las tiradas aumentarían en proporción de cinco por uno.

Como nadie puede salir del puesto mientras dura la tirada, cuando ésta termina no es posible precisar con exactitud quién ha muerto los patos que se hallan tendidos por todas partes, y generalmente sucede que el que mata menos es el que coge más; porque esto depende del carácter más ó menos delicado del cazador.

Verdaderamente las tiradas de *La Calderería* son asombrosas: un cazador de Castilla no puede concebir las si no las ha visto, y estamos seguros de que la primera vez que las presenciara se creería víctima de un sueño fantástico.

Además, el término de Sueca se halla embellecido con todos los dones de la pródiga Naturaleza. Aquello es un vergel que canta, bajo un cielo diáfano y azul que ríe. Sus campos son de plata y esmeralda, el polvo de sus tierras produce oro, y el ambiente reúne en sus invisibles pliegues todos los perfumes de un paraíso.

La Calderería de Sueca es indudablemente el mayor censo que tiene la Albufera de Valencia; pero es preciso resignarse, pues de antiguo suele decirse: «Esto matará aquello.»

XXIII

Los valencianos son tan activos, tan infatigables,

tan ingeniosos para la caza de las aves acuáticas, que ni aun de noche las dejan en paz.

Si además de la caza quisiéramos hablar de la pesca de la Albufera, necesitaríamos escribir un tomo voluminoso, porque en Sueca se conoce y tiene establecida la piscicultura de los antiguos romanos, y hay acequia que paga seis mil reales anuales sólo por la pesca; y no se vaya á creer que tiene muchos kilómetros de largo, pues á veces no llega á doscientos metros.

Pero no es la pesca, sino la caza, de lo que debe tratar este libro.

Dos clases de cacerías nocturnas conocen y practican los valencianos: la *choca* y las *paransas*. La primera se reduce á ocultarse en las noches que está la Luna en su lleno en los carrizales, y disparar contra los patos cuando van á comer á los arrozales; la segunda es más ingeniosa y más costosa, pues la *paransa* no es otra cosa que el *cebadero* de las aves acuáticas.

Como para todas las cacerías de la Albufera se establece un método prudente, se combina el sitio en donde deben ponerse los cebaderos.

Las tablas de los arrozales están surcadas por todas partes de estrechas cacerías y altas márgenes, que son, por decirlo así, las arterias que surten de agua á los campos del arroz, que, como es planta acuática, siempre está sumergida en el líquido elemento.

El propietario de un arrozal, ó aquel á quien le concede autorización, va de día y arregla su cebadero del modo siguiente: pone dos largas fajas de paja de arroz formando dos líneas, separadas la una de la otra como metro y medio, las pisa y las arregla, dejándolas como una cuarta fuera del agua; coloca dos cañas paralelas y un montón de broza sobre el margen firme que le sirve de apoyo, vierte una espuerta de arroz sin mandar sobre la paja, y se marcha.

A los tres días vuelve. La paja se ha hundido, y él observa si los patos se han comido el arroz, y cuántos han sido los convidados de aquel banquete nocturno. Saber el número le es fácil, porque cada pato hace un hoyo, y contando los hoyos sabe los patos que han pisado el cebadero. Sabe también qué clase de patos son, pues cada subgénero hace el hoyo de distinta manera: los unos grande y profundo, los otros transversal y pequeño, según la configuración de sus picos.

Tapa con el pie los agujeros, echa más arroz, pone otras cañas y otro montón de carrizo, y se marcha.

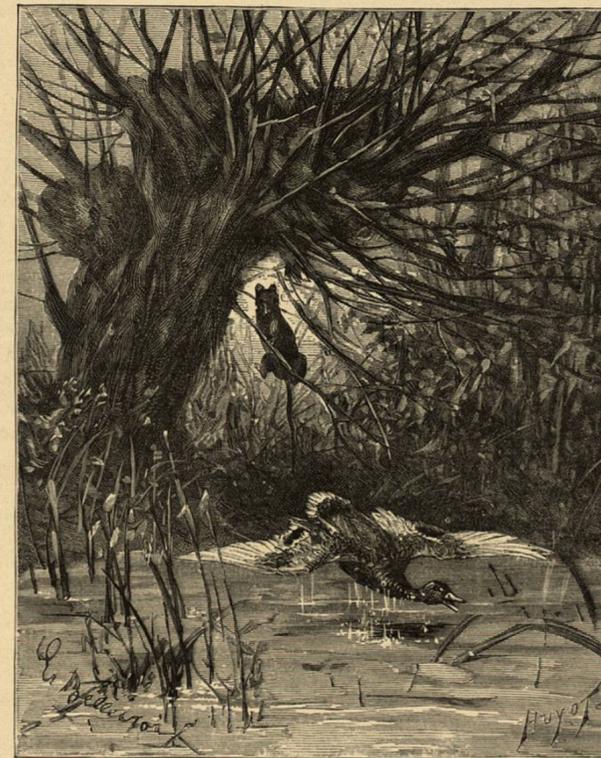
Al día siguiente vuelve y cuenta los agujeros; hay ocho ó diez más que el día anterior. Repite la operación, y añade otro montón de broza y otras cañas, aseguradas con fuertes estacas.

Mientras va aumentando el número de agujeros, el *paransero* va añadiendo cañas y montones de broza sobre el margen, porque aquella broza acaba por convertirse en una barraca, donde él se oculta la noche que se decide á coger á los glotones.

Los cebaderos de ánades son costosos, pues á veces

se consumen 20 ó 30 duros de arroz; pero si se tiene suerte, se hace una buena ganancia.

Cuando observa que las huellas de los patos disminuyen, por ejemplo: ayer ha contado ciento setenta agujeros y hoy ciento sesenta y tres; entonces espera un día más; y si disminuyen en uno solo, es prueba



Los huéspedes de la Albufera

de que han encontrado un cebadero mejor, y corre peligro el *paransero* de que cada día se le vayan disminuyendo, hasta que no vaya ninguno.

Entonces coloca unas fuertes redes cuyos cordeles tienen el grueso del dedo meñique, y las mallas son del tamaño de 2 pulgadas y media de ancho. Se oculta en la barraca, y espera con la cuerda en la mano.

Llega la noche. Los ánades reales, que son los más codiciados porque los cebaderos les engordan de un modo fabuloso, y se venden á 20 reales cada uno, no se paran nunca de pronto en la *paransa*, antes se

detienen en los carrizales inmediatos; y transcurrida media hora, vuelan desde éstos al comedero.

Cuando el cazador nocturno calcula que ha llegado la hora oportuna; cuando con su penetrante mirada observa desde el fondo de su barraca, en donde no se mueve ni apenas respira, que el cebadero está literalmente lleno de patos, y éstos entretenidos en comer; entonces tira de la cuerda que sujeta las dos redes con toda la colosal fuerza que desarrollan las circunstancias, se juntan aquellas dos alas de mallas, y rápido como el rayo sujeta la cuerda en la estaca, dándole tres ó cuatro vueltas.

Instantáneamente se oye en el cebadero un ruido infernal, una detonación volcánica: todas aquellas aterradas aves han intentado emprender el vuelo á un mismo tiempo, y el fuerte empuje de sus robustas alas se estrella contra la solidez de la red que las aprisiona.

Pero este ruido espantoso, esta mole de carne y plumas que se estrella contra la red traidora, dura escasamente medio minuto. Los patos quedan con la cabeza fuera de la malla y el cuerpo prisionero; y es tal el terror, el espanto de las acuáticas, que ya no se mueven ni aletean, ni parece que vivan; y hasta tal punto es profundo el silencio que sigue á la espantosa detonación, que los patos que se hallan comiendo en los cebaderos inmediatos sólo levantan la cabeza, escuchan un segundo, y continúan comiendo.

Todos estos patos cogidos con red son muy apreciados, y es admirable la facilidad y rapidez con que los matan, pinchándoles la cabeza con una especie de lezna larga y delgada.

Algunas veces los venden vivos, pero son las menos.

Si un cazador furtivo se atreviera á entrar de noche en los cebaderos y disparara un tiro, sería hecho pedazos por los cazadores de red; pues esta cacería, que cuesta á veces un mes de preparación, fatiga y gastos, sería infructuosa si no reinara en los arrozales el silencio de las tumbas.



XXIV

Cuando los ánades se disponen á emigrar, se los ve llenar el buche de esas piedrecitas blancas que hay en las orillas de los ríos y de las lagunas. Sin duda este alimento les da fuerza para el largo viaje. Se ha visto que, tanto los que se matan á la venida por setiembre como cuando se van por marzo, tienen piedras en el buche, lo que no sucede durante la temporada que permanecen en nuestras lagunas y ríos.

XXV

¡Ah! Se me olvidaba decir que existía, no hace muchos años, un cazador de profesión en la Albufera, llamado de apodo *Cagarnera*, es decir, *Jilguero*, que cuando mataba un pato, le pedía el sacatrapos al compañero que tenía al lado para sacar el taco que se le quedaba dentro del cañón de la escopeta.

El que no se explique este fenómeno, creyéndolo una exageración del cazador, será porque no haya tenido en sus manos la escopeta de Cagarnera; pues el problema se resolvía al saber que cargaba con tacos de esparto, examinando aquella especie de espingarda, cuyo cañón tenía más agujeros que una flauta, y, sin embargo, derribaba los patos desde una altura fabulosa, pues Cagarnera era uno de los mejores tiradores de la Albufera.



ENTRADA DE LAS CHOCHAS